

# Cristianismo, guerra y paz

EDUARDO J. ORTIZ

Hace ya unas cuantas semanas que la prensa ha comentado el impacto causado en la opinión pública por la carta de la Conferencia Episcopal Católica de los Estados Unidos sobre el tema de las armas nucleares. Con inocultable orgullo, el columnista religioso de *The New York Times* afirmaría que ella "puede conducir a los obispos norteamericanos hacia el liderazgo del mundo católico".

En las páginas de Documentos de este mismo número de SIC presentamos a nuestros lectores un amplio resumen de la misma (publicarla completa hubiera supuesto ocupar todas las páginas disponibles de la revista). Pero creemos que merece además un comentario aparte.

A decir verdad, habíamos oído ya de las presiones que se estaban ejerciendo sobre los Obispos para que el documento no saliera o apareciera profundamente modificado. Sabíamos también que los mismos Obispos, conscientes de lo 'explosivo' del tema, habían extendido sus consultas, habían pedido asesoramiento a los organismos vaticanos, y habían entrado también en conversaciones con despachos gubernamentales de su país. Sabíamos en fin que por lo general todo documento oficial, firmado por un grupo necesariamente variado en sus tendencias, difícilmente logra disminuir su carácter de compromiso. Son demasiados los documentos de este tipo que tumban con una mano lo que han levantado con la otra, para que todas las tendencias lo puedan citar a su favor.

Al terminar la lectura de esta carta pastoral, sin embargo, uno tiene la impresión de encontrarse ante un documento coherente, valiente y en muchos aspectos novedoso. El lector lo podrá comprobar por sí mismo leyendo el resumen que hemos publicado. Quisiéramos con todo resaltar aquí algunos puntos que nos parecen importantes.

## TEMATICA

Son varios los aspectos que llaman la atención al considerar la temática de la carta.

a) En primer lugar se trata de un tema "complejo, controvertido y que causa apasionamiento".

Lo peculiar de esta controversia es que se extiende incluso a miembros

de la misma Conferencia. Nueve Obispos, de los doscientos cuarenta y siete que podían hacerlo, se negaron a firmar.

Se enfrenta así una tradición bastante consistente en la práctica eclesial, por la que las cuestiones no suficientemente resueltas se debaten entre diversos grupos cristianos o escuelas teológicas antes de recibir el apoyo o rechazo a nivel oficial.

Se abandona también el falso espejismo de que la unanimidad es garantía de verdad. A no ser en cosas muy evidentes, más bien ocurre lo contrario. La unanimidad sólo se logra eliminando algunos aspectos de la verdad total, haciendo ceder a cada uno hasta que se logre un consenso, afirmando por tanto sólo el "mínimo común".

La Conferencia Episcopal de los Estados Unidos ha preferido conformarse con una mayoría consistente. Más aún, no ha temido exponer públicamente sus diferencias. Con esto no pierde autoridad sino que la gana.

b) Se trata además en esta carta un tema que pone en cuestión la política internacional del propio país.

Esto es más novedoso de lo que se puede creer a primera vista. Porque temas controvertidos también se encuentran en otros documentos. Pero la controversia suele ser interna.

Hace ocho años, en un viaje a República Dominicana, recibí una sacudida al caer en la cuenta de que en aquellas circunstancias en aquel país ser venezolano era equivalente a ser imperialista. La prensa protestaba diariamente por un acuerdo que el gobierno dominicano estaba firmando con el venezolano sobre materia petrolera. Los dominicanos pensaban que Venezuela se estaba aprovechando de la situación crítica de la economía dominicana para llevarse la parte del león. Nada de esto se había comentado en nuestra prensa. Fue entonces cuando comprendí que no sólo éramos un país tercermundista, víctima de la rapacidad de los países ricos, sino que podíamos ser vistos también por otros más pobres como victimarios y rapaces.

Hay una dificultad especial en desnudarse del sentimiento nacionalista hasta ser capaz de ver cómo nos miran

los demás y aceptar su mirada. Que yo recuerde SIC nunca ha tratado este tema respecto a Venezuela. Las mismas pastorales de los Obispos brasileños, que por muchos años quedarán con todo derecho como estímulo y ejemplo para todo el mundo, hablan con vena profética sobre el dolor que el "milagro brasileño" ha causado al país; pero no recuerdo —¿ignorancia?— una carta que tenga como tema el dolor que el mismo milagro ha causado a otros países.

En la carta pastoral que ahora comentamos éste es el tema central. No es la primera vez que los Obispos norteamericanos lo hacen (recuérdese la Declaración sobre "La Iglesia y Centroamérica" - SIC, febrero 1982). Pero sólo ellos lo han sabido hacer.

Comienzan por recordar que, respecto a las armas atómicas, "fuimos los primeros en producir las y hemos sido los únicos en usarlas". Pero quizás la afirmación más escalofriante es la que dice que, aun cuando sus propias ciudades sean atacadas por armas nucleares, no está justificado moralmente retaliar matando a miles de civiles rusos inocentes.

La preocupación por mirar hacia afuera es tan insistente que hasta al poner ejemplos de la posibilidad de resistencia no-violenta no se cita a Martin Luther King, tan de casa, tan a la mano y tan universal, sino que se recuerda la actitud ejemplar anti-nazi de los países escandinavos durante la segunda guerra mundial.

Vendría a cuento recordar aquí que, durante la guerra de las Malvinas, fue mucho más universal y arriesgada la toma de postura de los Obispos ingleses que la de los argentinos.

c) Por fin, dentro de la temática, merece la pena resaltar el nivel técnico al que se mueve la carta.

Por lo general los documentos eclesiales se suelen refugiar en el terreno inexpugnable de los consejos y recomendaciones morales. Ahí es relativamente fácil quedar bien y lograr la aceptación aun de quienes no hacen caso.

Tomar postura sobre un tema civil, con implicaciones morales, a su propio nivel es mucho más arriesgado.

Es algo así como si la Conferencia Episcopal Venezolana, o para el caso la Confederación de Religiosos, tomara postura ante la crisis económica del país ofreciendo recetas para negociar con el Fondo Monetario Internacional, legislar sobre Precios y Salarios o impedir la salida de capitales.

Quien lea el documento original (en esto nuestro resumen no ha logrado ser fiel) comprobará fácilmente que largas secciones del mismo han tenido que ser escritas por equipos altamente especializados en cuestiones de armamento y conversaciones internacionales sobre el desarme. Si podemos hablar así, la mayor parte de los Obispos han tenido que dar en muchas partes un voto incondicional de confianza a sus equipos técnicos.

Esta actitud refleja una gran madurez dentro de esa Iglesia. Convocar, apoyar y escuchar a laicos que nos puedan dar una lección no es actitud corriente. Aún lo es menos firmar lo que ellos propongan y asumirlo como propio. Para que se llegue a esto ha hecho falta un largo proceso previo de descentralización, apertura y respeto.

#### METODOLOGIA

Todas las características anteriormente señaladas, sobre todo la primera y la última, obligan a que el tono del documento sea también bastante original. La primera sección sobre "perspectivas y principios religiosos" es un modelo de discernimiento poco frecuente en este tipo de documentos. Como esta parte está mejor reflejada en el resumen que ofrecemos, me limitaré aquí a resaltar tres niveles de lectura.

a) En primer lugar el documento trata de tomar parte en un diálogo y contribuir a un proceso.

"Esta carta pastoral es más una invitación a continuar evaluando que una síntesis final. Tenemos algunas intuiciones sobre las características de una teología de la paz, pero no un tratado sistemático".

Por lo general, a los eclesiásticos nos encanta decir la última palabra. Nos han formado así. Dejamos a los demás que hablen para tomar nota de las cosas que tenemos que aclararles. Nos ilusiona vernos reflejados en este texto del libro de Job: "Cuando salía a la puerta de la ciudad y tomaba asiento en la plaza los ancianos se levantaban, se quedaban en pie, los jefes se abstendían de hablar, enmudecía la voz de los notables. Me oían y quedaban en silen-

cio esperando mis consejos; después de hablar yo no añadían nada" (29.7-10, 21-22).

No ocurre así en este caso. Si uno leyera (no la hemos traducido) la prolija exposición bíblica e histórica sobre lo que la tradición cristiana ha dicho acerca de la guerra y la paz parecería que todo está previsto, sopesado y definido. Y sin embargo, después de veinte siglos, los Obispos de Estados Unidos nos recuerdan que en este tema falta casi todo por decir. Porque nuevas situaciones exigen respuestas nuevas. Es éste un ejemplo de cómo se puede ser tradicional sin ser conservador, apoyarse en el pasado para avanzar sobre él.

b) En este diálogo en el que la carta de los Obispos quiere participar hay que considerar como interlocutores también a los creyentes de otras religiones y a quienes se declaran no creyentes. Aunque sólo sea porque la política nuclear de los Estados Unidos sólo en parte depende de los católicos. De ahí la pretensión de universalidad del documento.

Una vez más se trata de lograr un lenguaje común de entendimiento entre

los hombres, que pueda llevar a acuerdos respetados por todos. Pretensión más de una vez desmentida en la práctica, pero que es preciso reafirmar si se quieren entablar diálogos multilaterales.

Sin embargo el reto ha resultado siempre particularmente difícil para los cristianos. En países como el nuestro, donde la mayoría se declara oficialmente católica, nos podemos hacer la falsa ilusión de que basta hablar el lenguaje moral católico para ser obedecido y hacerse entender. Pero la confusión no deja de estar también presente en otros ámbitos.

Quizás sea éste el aspecto menos logrado de la carta que comentamos. Nunca se llega a saber con exactitud a quién se está hablando en cada caso (el ejemplo más patente sería la conclusión donde se entremezclan sin solución de continuidad una propuesta concreta, aunque quizás excesivamente genérica, a las Naciones Unidas, con una fervorosa proclamación de los poderes salvíficos de Cristo Resucitado). Y aunque faltan elementos para formarse un juicio definitivo, no surgen en la carta

¡Nunca más el hongo maldito!



términos o argumentaciones morales nuevas, como para creer que se haya logrado romper el círculo, necesariamente reducido, de documentos anteriores. La declaración ha impresionado más por su peso político que por su argumentación.

c) Por fin es también digno de resaltar, y aquí sí se afina más, la **autoidad** diversa que los mismos autores dan a sus palabras. Referidos esta vez, naturalmente, a los fieles católicos.

Se mantienen en síntesis tres grados en la libertad de interpretación. En primer lugar hay principios morales no negociables si se quiere seguir siendo cristiano ("Ningún cristiano puede obedecer órdenes o políticas deliberadamente dirigidas a matar no-combatientes"). En segundo lugar se reconoce que hay en la carta propuestas políticas concretas sobre las que el diálogo aún no está cerrado ("los juicios morales que hacemos en casos específicos no obligan en conciencia a los católicos"). Por fin, el pluralismo tiene unos límites que no se pueden trasgredir si se quiere seguir siendo cristiano. El criterio último al que unos y otros están sujetos, como lo dicen los mismos Obispos, es el evangelio. Lo que ellos proponen trata de ser una ayuda ("nuestros juicios deben ser seriamente considerados cuando los católicos examinen si sus juicios morales están de acuerdo con el evangelio").

Una lección de la manera como hay que interpretar los documentos oficiales.

## TEOLOGÍA

La carta de los Obispos, que estamos comentando, no intenta ser un tratado de teología. Ellos mismos lo dicen. Aun en los casos en los que se dirige a los católicos adopta el tono de reflexión moral más que el de elaboración dogmática. En este sentido no hay nada particularmente novedoso que buscar.

Sin embargo existen algunos énfasis especiales en las escasas referencias dogmáticas que se pueden encontrar.

a) En primer lugar, se vuelve a recordar la teología de la creación para resaltar en ella la **fraternidad universal**.

Una intuición ya antigua, pero significativa. Otras épocas han buscado en los relatos bíblicos de los comienzos de la humanidad justificaciones del sometimiento, penalidad del trabajo, distinción social entre los sexos.

Los últimos años han resaltado

más el dominio del hombre sobre la creación, la evocación mítica de un orden armonioso que hay que conquistar, la fraternidad universal.

Es este último uno de los aspectos resaltados aquí. Todos somos hermanos, porque somos hijos del mismo Padre. En su simplicidad esta afirmación parece poco convincente e inoperante. Sin embargo ha habido períodos históricos de intensa inspiración, en los que ha supuesto una ruptura creativa de las estructuras dominantes.

En los principios del cristianismo sirvió para que Pablo pudiera decir "ya no hay más judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer" (Gálatas 3,28). Y la historia nos dice que, aunque de modo imperfecto, esa exclamación fue una realidad. Y todavía puede dar mucho de sí.

b) Otro aspecto significativo es la conexión directa que se hace en la carta entre pecado y muerte del hermano. De nuevo una idea que ya aparece desde la teología de la creación.

Cain mata a Abel. Ese es el primer gran pecado del hombre en la historia.

Épocas posteriores pudieron hacer pensar que la muerte del hermano era sólo uno de los pecados posibles contra uno de los diez mandamientos. Pero todo pecado es una forma de matar al próximo. Matarlo parcialmente robándole la dignidad, la verdad, la subsistencia. Matarlo totalmente quitándole la vida. Matarlo definitivamente —dirá nuestra carta— quitándole la posibilidad de sobrevivir siquiera en sus semejantes, arrasando con toda la tierra.

Por eso la última parte de la carta, que habla de la justicia internacional como sólido fundamento de la paz, no está cambiando de tema. Porque también mata el que, sin armas, impide la vida plena.

c) De ahí el sentido de la **escatología**. Escatología entendida como teología del último sentido de la vida. Así como el pecado ha aparecido en términos escatológicos como el último sentido de la muerte: la destrucción total.

La carta culmina con una referencia en tono mayor a la resurrección de Jesucristo, nuestro hermano. Una resurrección que revela el verdadero sentido de la trascendencia cristiana. Alcanzar la vida plena para sumergirse con capacidad redoblada, en la historia de quienes todavía caminan en busca de plenitud. Ensanchar los brazos hasta ser capaz de abrazar todo el mundo. Estar presente sin que ya nadie nos

pueda ausentar.

Baluceos sin duda de una convicción y una esperanza. Utopías que han podido servir para escapar; pero que muchas veces han sido fermento de entregas heroicas.

La carta termina con el Apocalipsis. Pero no con los fragmentos tétricos que describen la destrucción dolorosa y sangrienta del orden creado, sino con los cantos de esperanza que surgen de las cenizas de una conflagración universal.

Es éste el germen más escandaloso de la suprema paradoja del cristianismo. La que dice por una parte que la vida es más fuerte que la muerte. La que reconoce, por otra, que el poder de la muerte es avasallador. Que es posible alcanzar sólo una victoria pírrica en la lucha entre el bien y el mal. Y que el futuro depende de lo que hagamos hoy.

El cristianismo, contra lo que muchos parecen creer, preferiría que Jesús no hubiera muerto asesinado. Desearía reescribir el evangelio con vía directa a la resurrección. Pero entonces se estaría hablando de otro mundo y para otro mundo; de un mundo que todavía no existe aunque no se haya perdido la esperanza de lograrlo.

Movidos por esta esperanza los autores de esta carta pastoral claman para que todos juntos nos pongamos a crearlo.

Una última palabra. Quizás el público venezolano se sienta inclinado a pensar en un principio que el tema de la carta no le va. No tenemos armas nucleares, y no somos objetivo primordial de las mismas.

Le invito sin embargo a comenzar la lectura. Puede quedar cautivado por el tono, poco común en documentos de este género. Puede quizás caer en la cuenta de que, contra lo que esperaba, en muchas de sus páginas se está hablando de él.

